

Jordi Bru, el fotógrafo de los Tercios

Numerosos artistas han tratado de dar vida a los célebres tercios españoles, pero nunca desde la fotografía, disciplina de la que se vale Jordi Bru para crear auténticos frescos de la época, como si de cuadros de Augusto Ferrer-Dalmau se tratara, impregnados del realismo, el dramatismo y la épica que le confiere la preciosista lente de este veterano reportero gráfico.



Los Tercios

978-84-120798-7-6

144 páginas

29,7 x 21 cm

Cartoné con sobrecubierta

P.V.P. 24,95 €

10 de junio de 2020

Desde las ardientes arenas de Berbería hasta los fríos canales de Flandes, los tercios de la Monarquía Hispánica dominaron los campos de batalla del mayor imperio de la Edad Moderna durante siglo y medio. La mirada fotográfica de Jordi Bru reconstruye con precisión artesanal la riquísima historia de estos soldados, no solo españoles, sino también italianos, alemanes, valones... La cotidianidad y sus múltiples avatares, desde el juego hasta la religión, la relación con la población civil, la versatilidad táctica, el armamento, la meticulosa logística y la multiplicidad de frentes en los que actuaron los tercios quedan plasmados en las creaciones de Bru, que, a partir de múltiples fotografías tomadas en reconstrucciones históricas, como la célebre Slag om Grolle, construye atmosféricas escenas de batalla y de vida cotidiana jalonadas por docenas de pequeños detalles. Tras cada una de estas reconstrucciones se oculta un cuidadoso proceso de documentación que garantiza la exactitud de los detalles de acuerdo con lo que nos cuentan las crónicas que sucedió. En este volumen recogemos veintisiete creaciones de Bru dedicadas a los tercios, cada una de ellas acompañada por un texto de Àlex Claramunt Soto, director de *Desperta Ferro Historia Moderna*. Las escenas sumergen al lector en la época y lo aproximan a las ricas historias de batallas, asedios, escaramuzas y otros hechos de armas que encierran, así como a los múltiples pequeños detalles que nos desvelan cómo vivieron –y murieron– los soldados del Rey Católico, y nos permiten comprender, además, cómo fue posible que estos soldados, pese a sus muchos enemigos en tres continentes, mantuviesen durante largas décadas la hegemonía mundial de la Monarquía Hispánica.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero

Tel. 658 160 824

[comunicacion@](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE LOS AUTORES



Jordi Bru (Pamplona, 1967) es fotógrafo profesional dedicado a la recreación de ejércitos y batallas históricas, desde los Tercios españoles hasta la Segunda Guerra Mundial, pasando por las Guerras Napoleónicas, las Guerras Carlistas y la Guerra Civil Española. Viajó a Bosnia en 1993 y luego trabajó una década en el diario *El Mundo*, en las delegaciones del País Vasco y Cataluña, después lo cual regresó a Pamplona, donde trabaja para revistas de arquitectura y cultura y para editoriales del País Vasco y Francia. En 2013 visitó una recreación napoleónica en su Navarra natal y se aficionó a la recreación de batallas y hechos históricos por medio de la fotografía y el montaje digital. A raíz de sus trabajos, aplaudidos, entre otros, por Augusto Ferrer-Dalmau, le surgió uno de los encargos de los que más orgulloso está, el libro *Guardia Civil* (Galobart, 2018), la historia de la Benemérita en fotografía que, a su vez, le ha puesto en contacto con cuerpos. Para el Ejército ha realizado una historia fotográfica del Regimiento de Infantería Galicia 64 de Cazadores de Montaña, de Jaca, uno de los más antiguos en servicio del mundo, en un proyecto que lo ha llevado a acompañar a esta unidad en sus misiones en Bosnia, Afganistán y el Líbano. Siempre en busca de la máxima precisión histórica, en su labor se documenta meticulosamente para conseguir recreaciones tan fidedignas como memorables que acercan a los espectadores a episodios clave de la historia de España.



Àlex Claramunt Soto (Barcelona, 1991) es director de *Desperta Ferro Historia Moderna*, graduado en Periodismo y doctor en Medios, Comunicación y Cultura por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es autor de dos libros, *Rocroi y la pérdida del Rosellón* (HRM Ediciones, 2012), y *Farnesio, la ocasión perdida de los Tercios* (HRM Ediciones, 2014), además de diversas colaboraciones en obras colectivas. Ha formado parte del consejo editorial del Foro de Historia Militar el Gran Capitán, el principal portal en lengua española sobre esta temática, y ha trabajado varios años en el diario *El Mundo* como responsable de la sección de agenda en la delegación de Barcelona, coordinador de la sección El Mundo de China del suplemento *Innovadores*, y redactor web de dicha publicación.

SE HA DICHO DE JORDI BRU

«En cada batalla hay un alma humana que entra en estado de destrucción. Y otra en resurrección. Cada batalla es una composición de vidas entrecruzadas. Como las lanzas que atraviesan el aire antes de los cuerpos. Lo previo a que la sangre brote. A la muerte. Jordi Bru se ha especializado en reconstruir-encarnar esos momentos [...] Se ha especializado en fotografía histórica militar y recrea las más portentosas batallas [...] Cada obra tiene un trabajo bibliográfico e histórico que la hace una pieza única y su formación como fotoreportero le ha servido para captar miradas, gestos, movimiento».

Martín Mucha, *El Mundo*

«Jordi Bru era fotoreportero hasta que en 2013 fue a una recreación de la Guerra de la Independencia. Se puso a hacer fotos y a “jugar” con el photoshop y ahora es de los pocos que se dedican a revivir guerras con su cámara».

Concha Barrigós, *La Vanguardia*

ÍNDICE

Jordi Bru, fotógrafo de batallas

Los hombres y las tácticas

- Los mosqueteros, el arma ofensiva de los tercios
- El choque de picas y la «mala guerra»
- La flexibilidad de las mangas de tiradores
- Exceso e indisciplina: los lansquenets alemanes
- Las naciones del ejército: de irlandeses a napolitanos
- Escuadrones y banderas, el alma de los tercios

Caballos, cañones, murallas y rapiña

- Las encamisadas, una mortífera sorpresa
- De los «espantabellacos» a la concentración de fuego. Los tercios ante la artillería
- De la caracola al choque espada en mano. La revolución de la caballería
- Brecha y batería. Asalto y defensa de plazas fuertes
- Sangrienta cosecha en los campos de Flandes

Enemigos y teatros de guerra

- El secular enemigo francés
- Sol y arena: la guerra en el norte de África
- Hielos grandes y niebla espesa. Guerrear en invierno

Ocio, logística y religión

- El Camino Español: la ciudad en movimiento
- Cofradías y hermandades
- Ocio y moralidad: don Carnal contra doña Cuaresma
- Los vivanderos y el rugiente estómago de los soldados
- Ganar el cielo a cuchilladas

Los hechos de armas

- Juan de Austria contra los moriscos
- El Milagro de Empel, 1585
- Nos contra todos: franceses, ingleses y holandeses en la trampa de Caudebec
- La expulsión de los moriscos: el fin del islam en España
- La batalla de Fleurus, 1622. El tercio frente a una masa de caballería
- El enemigo holandés y un combate a muerte en Bergen op Zoom
- La defensa del reducto de Terheiden. Heroísmo en Breda
- Les Avins y el sacrificio del Tercio de la Sangre
- Hulst, 1640. Guerra de trincheras en Flandes
- Rocroi, 1643. Una fortaleza de cuerpos y picas

Del campo de batalla al píxel: componer una trinchera



DOSIER DE PRENSA





ESCUADRONES Y BANDERAS, EL ALMA DE LOS TERCIOS

El infante español debía saber guardar la disciplina incluso en las peores situaciones, cercado por múltiples enemigos y con los compañeros caídos a sus pies. La clave para triunfar, o para retirarse en buen orden y sobrevivir para luchar otro día, era que cada hombre mantuviese su puesto en el escuadrón. Así se denominaba la formación de combate estándar del tercio, formada por un núcleo de piqueros con guarniciones y mangas de mosqueteros y arcabuceros en los flancos, en vanguardia y en retaguardia. Aunque el combate en orden cerrado no se perdió en Occidente tras la caída de Roma, no fue hasta el surgimiento en Suiza de milicias semiprofesionales equipadas con picas, en el siglo XIV, cuando comenzó a recuperar todo su potencial. Los tercios, que desbancaron con su eficaz combinación de picas, rodeleros y armas de fuego a los temibles infantes suizos, debían mucha de su ventaja sobre los demás ejércitos de la época a la disciplina de sus hombres, que les permitía articular la combinación entre tres armas distintas.

Correspondía al sargento mayor del tercio formar un escuadrón con las distintas compañías de su tercio. El proceso variaba en función de las necesidades del terreno y del enemigo al que se hacía frente. Así, el tercio podía adoptar una disposición más cuadrada o más rectangular –es decir, más o menos profunda y con más o menos frente–. Durante el siglo XVI, los escuadrones eran

grandes cuadrados integrados por miles de hombres. Se buscaba con ello crear una fortaleza humana capaz de resistir cualquier envite y, más aún, de arrollar a cualquier formación enemiga. En Pavía (1525) –antes de que la denominación de «tercio» sustituyese a la de «coronelía»–, los soldados españoles formaron un gran escuadrón, y lo propio hicieron los alemanes y los italianos, aunque estos apenas eran unos cientos de hombres. Sin embargo, en palabras de Juan de Oznaya, partícipe de la batalla: «Manda [el marqués de Pescara] que los tudescos se pongan en un escuadrón, y los españoles en otro; y por ser pocos los italianos queríalos poner con los españoles que holgaban de ello; mas los italianos con una honrosa consideración no quisieron, diciendo que si la batalla se perdía, se echaría la culpa a ellos, y si se ganaba, se atribuiría la honra a los españoles». El escuadrón, por tanto, era ante todo una unión flexible de distintas compañías.

Un mismo número de tropas podía formar más o menos escuadrones dependiendo de las necesidades. Si muchas compañías eran bisoñas, era más aconsejable mezclarlas con soldados veteranos en un gran escuadrón que formar dos por separado. De igual modo, la proporción entre picas y armas de fuego hacía preferible formar con más o menos frente. Bernardino de Mendoza cuenta en sus *Comentarios*, al narrar la batalla de Heiligerlee (1568) que «la nación alemana tiene de costumbre de

dar a los escuadrones mucho más fondo que cuadro». El motivo era que la infantería alemana solía ir equipada con muchos menos arcabuces que la española, por lo que no tenía sentido que la hueste mercenaria de Luis de Nassau expusiera un amplio frente a los arcabuceros del Tercio de Cerdeña. Podía suceder, así, que las mangas del escuadrón fuesen de distinta nacionalidad que las picas. En Pavía, el marqués de Pescara reforzó el escuadrón de lansquenets de Georg von Frundsberg con mangas de arcabuceros españoles en lo que resultó una combinación ganadora.

En el siglo XVII, los escuadrones se volvieron más pequeños y pasaron de tener miles de hombres a solo cientos, casi siempre de la misma nacionalidad y el mismo tercio –excepto en los llamados «escuadrones volantes», formados por veteranos de distintas unidades para encabezar operaciones de socorro y asaltos a las posiciones de asedio enemigas–. En los manuales militares de la época, el «arte de escuadronar» se presenta como una disciplina que requiere de conocimientos matemáticos y en la que es preciso calcular la raíz cuadrada del cuadro de picas para determinar el número exacto de soldados. Por otra parte, en 1669 el sargento mayor Francisco Dávila Orejón Gastón se mostraría práctico en su tratado *Política y mecánica militar para sargento mayor de tercio*, en el que, tras enumerar y describir varios tipos de escuadrón perfectos concluye que «en treinta y dos años que ha que servimos a Su Majestad, en ninguno de sus ejércitos hemos visto mandar formar ninguno de estos escuadrones, sino solo los ordinarios y sin raíz cuadrada, con el fondo de nueve a cinco; y para estos escuadrones, cuando éramos sargento mayor, no gastábamos papel ni números, y con solo dos diligencias los formaban los sargentos».

El espacio central del escuadrón estaba reservado a las banderas de las compañías, sostenidas por sus alféreces en alto durante el combate. Las banderas constituían objetos casi sagrados, símbolos individuales de cada compañía, por lo que debía impedirse a toda costa que cayesen en manos del enemigo. Cuando así sucedía, la unidad experimentaba en su conjunto un duro golpe moral, del que además podían derivarse responsabilidades penales para los oficiales. Encontramos un buen ejemplo en el asedio de Haarlem, en 1573. Según un oficial anónimo: «A los 17 salió gran golpe de gente de esta tierra a dar en el capitán Peñalosa, y le maltrataron su compañía y tomaron su bandera, y hoy, por mandado de D. Fadrique, prendió el sargento mayor al dicho Peñalosa».

El alférez, bien protegido con coraza y morrión, tenía el cometido específico de defender la bandera con su vida si era necesario. En la batalla del dique de Batenburg (1586), cuando los holandeses consiguieron poner en fuga desordenada un escuadrón español que había asaltado sus posiciones, se produjo un agónico combate por una bandera cuyo portador cayó al suelo. Alonso Vázquez, que rescató el preciado objeto de manos de los enemigos, lo relata en *Los Sucesos de Flandes y Francia en tiempos de Alexandro Farnese*:

La que estuvo casi perdida fue la del capitán Baltasar de Hortigosa, porque el alférez que la llevaba desplegada y sobre el hombro dio una caída, y queriéndose levantar con ella se le asió el tafetán a una espuela, no pudiéndola desasir ni levantarse; llegaron los rebeldes sobre el alférez para quitársela y matarle, pero D. Jerónimo de Vega, sargento de Baltasar de Hortigosa, sobrino del presidente Hernando de Vega, valiente caballero y natural de Tordesillas, no se había apartado de su alférez todo el tiempo que se comenzaron a retirar los españoles, ni tampoco Alonso Vázquez, soldado de su misma compañía, y le defendieron, y viéndose apretados de los muchos rebeldes que cargaban sobre ellos, levantó D. Jerónimo la bandera y la comenzó a defender con mucha gallardía, pero costóle la vida, porque le dieron los rebeldes muchas heridas y le mataron. Alonso Vázquez, que no atendía sino a defender la bandera de su compañía, cerró con ellos y se la quitó, y dio buen cobro della, y salió herido de un picazo.

El diseño de las banderas, e incluso las dimensiones, quedaban a expensas del capitán, pues, según escribió el sastre de origen francés Francisco de la Rocha en *Geometría y traza perteneciente al oficio de sastres* (1618): «Me ha sucedido hacer banderas que me han entrado 24 varas, y en otras 26, y en otras 34, y en otras 36 y hasta 40». En la inmensa mayoría de los casos, el patrón base lo constituía la Cruz de Borgoña, símbolo heráldico vinculado a los duques de Borgoña, antepasados de Carlos V, quien lo popularizó en España. No solo las compañías de infantería españolas usaban este símbolo, sino también las de otras naciones de la Monarquía Hispánica, además de las milicias o guardias cívicas de las ciudades flamencas. Por ejemplo, en los óleos sobre lienzo de Denis van Alsloot acerca del *ommegang* o carnaval de Bruselas de 1615, observamos a los alféreces de las compañías gremiales portando grandes banderas con cruces de borgoña circundadas de intrincados y coloridos motivos geométricos, y lo mismo puede decirse de un cuadro de Nicolaas van Eyck, elaborado en torno a 1673, que muestra a la guardia cívica de Amberes, aunque en esta ocasión las banderas aparecen plegadas.

La Cruz de Borgoña quedó ligada de manera indisoluble a España, como lo prueba que, según el cronista Francisco Fabro Bremundán, cuando el ejército de Juan José de Austria inició el asedio de Barcelona en 1651, durante la Guerra de los Segadores, sucedió en la población de Terrassa el «juntarse los mozos a la voz de “Viva España”, y debajo de una bandera con la cruz de Borgoña», en señal de que se declaraban a favor de Felipe IV y en contra de los franceses. Este símbolo, vinculado estrechamente a la casa de Austria, no desapareció de las banderas con el cambio de dinastía, sino que siguió en uso con los borbones hasta la década de 1830. ✕



EL MILAGRO DE EMPHEL, 1585

Uno de los hechos más singulares de la Guerra de Flandes acaeció en diciembre de 1585 en la isla de Bommel, una lengua de tierra de varios kilómetros de largo situada entre los ríos Mosa y Waal, que, en aquel momento, tras la conquista de Amberes por Alejandro Farnesio, constituían la línea de frente entre los Países Bajos españoles y las Provincias Unidas. Allí, los soldados de los tercios tuvieron ocasión de enfrentarse nada menos que con una armada holandesa en un cruel enfrentamiento a muerte. Tras el fatigoso asedio, que se prolongó durante un año, Farnesio decidió alojar parte de sus tropas en territorio enemigo, y para ello envió a los alrededores de Bolduque al conde Carlos de Mansfeld, general de la artillería, con los tercios de Cristóbal de Mondragón, Francisco de Bobadilla y Agustín Íñiguez, junto con la compañía de arcabuceros a caballo del capitán Juan García de Toledo. Estas tropas cruzaron el Mosa en barcas con seis piezas de artillería y se alojaron en la isla de Bommel. Los holandeses, a quienes la pérdida de Amberes había tocado la moral, vieron entonces una ocasión de resarcirse y, en palabras del soldado Alonso Vázquez: «Juntáronse en Holanda y Zelanda y armaron y guarnecieron de muy buena infantería más de doscientos navíos, entre grandes y pequeños, porque viendo las fuerzas españolas encerradas en la isla de Bomel les creció un ánimo extraordinario de anegarlos y deshacerlos y quitar de aquella vez el yugo español que tenían sobre sus hombros, como siempre decían».

La armada de las Provincias Unidas, al mando de Philips van Hohenlohe, conde de Holac, se hizo a la vela

del puerto de Dordrecht y llegó en breve a Bommel, donde desembarcó tropas y zapadores que abrieron varias brechas en dos diques, junto a la ciudad de Zaltbommel, que contenían las crecidas del caudal de los ríos. De este modo, según el cronista italiano Famiano Strada, el conde de Holac «echó casi sobre toda la isla el río, con tanta presteza, que apenas tuvo tiempo Bobadilla para llevar tras el Mosa al lugar de Empel y a otros de la vecindad, las tropas, artillería y vituallas». De pronto, casi 5000 soldados españoles se vieron cercados en un lugar estrecho y acometidos a escasa distancia por los buques holandeses que navegaban por los campos inundados, pues, en palabras de Strada: «Menos unos altos a que habían subido los soldados, el otro campo cerca del río parecía un mar henchido». Vázquez afirma que los holandeses «se acercaron con su armada y los comenzaron a cañonear y a darles muchas y apresuradas cargas de mosquetería y arcabucería». Sin embargo, los españoles respondieron con sus cañones y mosquetes, de manera que, al caer la noche del 2 al 3 de diciembre, cesaron los combates.

Bobadilla, que estaba al mando de los tres tercios, ordenó a sus hombres que se fortificasen en los angostos lugares que ocupaban en torno a Empel. Los soldados robustecieron su posición con los medios disponibles, desde tablones de madera hasta cestones de tierra, no solo para protegerse de los disparos de las naves holandesas, sino también para impedir que el nivel del agua subiese más. Aquellos esfuerzos fueron ridiculizados por los soldados y marineros holandeses. En palabras de Strada: «Entretanto, hacían risa

los enemigos de estos esfuerzos de los que se fortificaban, y de la ferocidad afectada, ciertos de que una multitud cercada de agua, gastados en breve los víveres, se les vendría a las manos, estándose ellos quietos y sentados». Ciertamente, la situación no era muy halagüeña para los tercios, que no podían ser socorridos por las tropas que aguardaban en la orilla opuesta del Mosa, como tampoco podían escapar a través del estrecho bloqueo naval rebelde. Por esta razón, el 5 de diciembre, Francisco de Bobadilla dio la orden de pasar al ataque. En cada una de las nueve barcasas de que disponía debían embarcar 10 piqueros, 10 mosqueteros y 15 arcabuceros con dos capitanes.

El esperado ataque no se produjo, ya que un capitán flamenco católico informó a Bobadilla de la existencia de un paso por el que probablemente los infantes españoles podrían evadirse de la isla. El capitán Melchor Martínez, del tercio de Mondragón, fue a reconocer el lugar indicado a bordo de un bote con tres soldados. Sin embargo, erró de dirección y fue herido de muerte al desembarcar en el dique de Rosmalen. Visto esto, Bobadilla ordenó ocupar una islita vecina a Empel, donde los españoles se fortificaron con dos cañones. Al otro lado del río, el maestre de campo Juan del Águila ordenó a los soldados de su tercio que arrastrasen artillería hacia los diques para cañonear a los buques holandeses que se interponían entre unos y otros. Pero también los rebeldes se habían puesto manos a la obra para fortificar algunas isletas que emergían sobre la inundación, de manera que, a ojos de los sitiados, la salvación parecía imposible. Según Vázquez:

[...] cuando lo vieron los españoles, se comenzaron a afligir, con no pequeña confusión por ver que les habían ocupado los pasos y que el sitio se apretaba por mar y tierra, y ser tan poca la que poseían que apenas cabían en ella, veíanse en muy gran turbación y trabajo, y el menor que pasaban era el frío, hambre y desnudez, que tanto les apretaba por estar al rigor del tiempo sin ningún reparo donde poderse cubrir ni valer de noche y de día y sobre unos diques yermos y solos, donde iban ya perdiendo las esperanzas de ser socorridos.

El 7 de diciembre, la moral de los españoles se vino abajo en cuanto supieron que los holandeses habían quemado las barcas que Carlos de Mansfeld estaba reuniendo en Bolduque para evacuarlos de la isla. Las provisiones se estaban acabando y el frío arreciaba. Algunos soldados defendían la necesidad de arremeter a la desesperada contra los navíos holandeses, otros decían que se ahogarían y todos clamaban por la

ayuda de Farnesio. Los más exasperados abogaban por que el ejército se dividiese en dos grupos y se matasen unos a otros. El conde de Holac, entre tanto, había enviado mensajeros a Zaltbommel, Gorkum y Dordrecht para advertir a las autoridades de que, en breve, les mandaría miles de cautivos. Entonces, no obstante, comenzó el milagro. Según Vázquez:

Estando un devoto soldado español haciendo un hoyo en el dique para guardarse debajo de la tierra del mucho aire que hacía y del artillería que los navíos enemigos disparaban, a las primeras azadonadas que comenzó a dar para cavar la tierra saltó una imagen de la limpísima y pura Concepción de Nuestra Señora, pintada en una tabla, tan vivos y limpios los colores y matices como si se hubiera acabado de hacer [...]. Este tesoro tan rico que descubrieron debajo de la tierra fue un divino nuncio del bien (que por intercesión de la Virgen María) esperaban en su bendito día, que fue a 8 de diciembre.

Aquella noche, en efecto, el descenso de las temperaturas comenzó a congelar las aguas del Mosa. El conde de Holac, sorprendido, ordenó que sus naves se retirasen para no quedar atrapadas en el hielo a merced de los españoles, como así sucedió a todas aquellas que no se dieron prisa. Según el capitán Vázquez: «Cuando los rebeldes iban pasando con sus navíos por el río abajo, les decían a los españoles, en lengua castellana, que no era posible si no que Dios era español, pues había usado con ellos un tan gran milagro, y que nadie en el mundo sino él (por su divina misericordia) fuera bastante a librarles de aquel peligro y de sus manos». Los fuertes holandeses y las naves que habían quedado atrapadas en el hielo fueron entonces tomados al asalto por los aliviados soldados de los tercios. Este es justo el momento que muestra la escena que vemos, en la que se lanzan –y no era la primera vez, pues en 1572 llegaron a calzarse patines para ello– contra buques atrapados en el hielo. La Virgen de la Purísima e Inmaculada Concepción se convirtió en 1892 en patrona de la infantería española, aunque ya en el momento del Milagro de Empel se establecieron numerosas hermandades y cofradías militares bajo su advocación.

El 16 de diciembre, Alejandro Farnesio escribió una carta a Bobadilla que le decía: «Doy infinitas gracias a nuestro Señor, y a vuestra merced las que se deben, por haberse gobernado con la prudencia, valor y destreza que se esperaba en esta parte, dando las que les toca de esto a los capitanes, oficiales y soldados, a quien de la mía diré vuestra merced la satisfacción con que quedo de esta facción». ✕

DEL CAMPO DE BATALLA AL PÍXEL: COMPONER UNA TRINCHERA



Punto de partida: composición inicial

Como en muchas de mis fotos, parto de una instantánea o de un paisaje inicial. De repente, lo veo claro: me encuentro con esta escena, me gusta la línea de mosqueteros, la trinchera (creo que es un motivo original para este tipo de batalla), ese espacio vacío en primer término que puedo rellenar con soldados y, sobre todo, esa luz tamizada y fría de Holanda... Diez minutos antes brilla el sol y no me gusta.



Primeros añadidos

Hago un primer retoque, muy suave, del fondo. El fin es mantener ese humo de las armas de fuego al final de la trinchera. Añado banderas de tropas holandesas; me las he imaginado intentando asaltar una trinchera española. Para ello, busco en mi archivo, pues siempre hago fotos de banderas. Incorporo también un estandarte español en el extremo izquierdo, tiene la función de explicar la historia que quiero contar.



Incorporación de personajes

Añado los primeros soldados. Tengo un grupo que está asaltando otra trinchera y me funciona; la foto es un poco contrapicada. Es necesario siluetear la pica de uno de ellos para que quede por encima del terraplén de tierra. Retoco a este grupo para que las luces coincidan con el resto de la escena. Por suerte, en los tres días de batalla casi siempre ha estado nublado.



Personajes de los planos medios

Ahora toca rebuscar en mis archivos de los diferentes días de batalla para encontrar a los soldados que van en segundo plano en la imagen. Doy con un grupo de piqueros italianos que conozco bien por su rigor en la vestimenta y por su actitud en la batalla (lo viven de verdad), van a la izquierda de la foto. También localizo a otro grupo en pleno asalto y lo coloco en el lado derecho y a dos hombres que pelean en el centro.



Primeros planos

Lo siguiente es componer los primeros planos. Desde que abrí la foto base en el ordenador lo tengo en la cabeza: es un veterano, posiblemente un sargento de los tercios. Me encanta su postura, su armadura y esa borgoñota es una preciosidad.

El arcabucero que está justo detrás del sargento es un viejo conocido. Es español, indisciplinado, pero siempre muy valiente y también veterano. Lo añado a la escena por su posición con el arcabuz y por ese maravilloso «Santiago» escrito en su capace-te. Remato la escena con el soldado de espaldas que se defiende con la culata de su mosquete.



Composición final

Siempre hago un retoque específico para cada uno de los personajes y pongo especial cuidado en los primeros planos. Casi siempre hay que añadir humo, no solo para dar verosimilitud a la batalla (hay que recordar que la pólvora negra genera mucha humedad), sino porque le da profundidad a la imagen. A veces, también hay que manchar las ropas y armaduras de barro y sobre todo de sangre, aunque, en este caso, no me ha hecho falta.

Para terminar, hago unos ajustes generales de tonos. En este caso, he enfriado más la imagen.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

